

EL OCIPO COMUN Ó FÉTIDO—OCYPUS OLENS

CARACTÉRES.—El ocipo fétido, una de las especies mas grandes de la familia, es de color negro, excepto la punta de las antenas, que tienen un tinte pardo de orin; está cubierto de pelos sedosos, diferenciándose de otra especie mas endeble del mismo género, que carece de alas. Los costados centrales, muy próximos entre sí, son la única diferencia entre este género y el anterior (fig. 9).

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—El ocipo fétido vive con preferencia y aisladamente en los bosques.

EL FILONTO DE COLOR DE BRONCE—PHYLONTUS ÆNEUS

CARACTÉRES.—El filonto de color de bronce pertenece a un género compuesto de cien especies europeas, muy difícil de distinguir, género que tiene todos los caracteres esenciales comunes a los anteriores, reconociéndose solo por una lengua entera, redondeada únicamente en su parte anterior.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Los filontos, que no escasean en ninguna parte, viven en los sitios húmedos, y al parecer no les agrada mucho el estiércol, á juzgar por su nombre científico.

EL OXIPORO ROJO—OXYPORUS RUFUS

CARACTÉRES.—Esta especie es sin duda una de las mas notables de la familia. El color predominante, negro brillante, del coleóptero, se sustituye por un rojo vivo en el escudete, en el ángulo de los elitros, formados por los hombros, y en el abdómen, excepto la extremidad; las patas, menos la base que es negra, tienen tambien aquel color; las antenas afectan la forma de maza; las partes de la boca, excepto las maxilas, son rojas. Estas últimas son largas, falciformes y se cruzan al cerrarse; el artejo final de los palpos labiales constituye el carácter esencial del género, que le distingue de los tres anteriores.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—La especie habita en las setas carnosas y fibrosas y no es rara.

EL PEDERO DE RIBERA—PÆDERUS RIPARIUS

CARACTERES.—Mientras que en todos los estafilinidos hasta ahora descritos y otros muchos no citados, se ve detrás de los costados anteriores el estigma del protórax, en la especie que nos ocupa queda cubierto por el borde de quitina encorvado del escudete. El pederero de ribera tiene la cabeza roja; la extremidad de las antenas, los dos segmentos posteriores del tórax y la punta de la cola son negras; y los elitros azules, con grandes puntos.

El labio superior es entero; el último artejo de los palpos maxilares es muy pequeño; el cuarto artejo del pié bipartido; los costados posteriores cónicos; un escudete casi esférico; y las antenas se insertan en el borde lateral de la frente. Tales son los caracteres del género, de cuyas treinta especies se encuentran unas once en Europa.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—El pederero de ribera habita con preferencia las orillas de las aguas corrientes y estancadas, sube tambien á los arbustos y se encuentra casi siempre reunido en pequeñas sociedades.

LOS EPSELÁFIDOS —PSELAPHIDÆ

CARACTERES.—Los epseláfidos, unos coleópteros pequeños y que ofrecen muchos aspectos interesantes, viven ocultos debajo del musgo, la hojarasca húmeda, la corteza de árboles, las piedras y en medio de las hormigas. Forman una familia independiente, muy afine de la de los estafilinidos, porque tambien en ella los elitros son demasiado cortos para cubrir el abdómen en toda su extension, á pesar de lo cual no es posible confundir ambos grupos. El cuerpo de los epseláfidos ofrece por lo regular mas anchura hácia la punta del abdómen, careciendo de la facultad de levantarle ó moverle, mientras que precisamente por este concepto los estafilinidos poseen cierta habilidad; los cinco anillos de que está compuesto aparecen estrechamente soldados. En cambio, las especies que pertenecen al grupo que nos ocupa mueven continuamente las antenas en forma de maza, con el tallo á modo de cordón de perlas y los palpos maxilares compuestos de uno á cuatro artejos, los que en la mayor parte de las especies cuelgan á mucha distancia de la boca. Los palpos labiales, al contrario, son muy cortos; de los dos lóbulos membranosos de la mandíbula inferior, el exterior es mucho mas grande que el interior. En los piés cuéntanse, á lo mas, tres artejos, el último de los cuales lleva una ó dos garras.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Las especies, cuya existencia no depende de las hormigas, vuelan de noche; las inundaciones veraniegas arrojan fuera de sus viviendas á centenares de individuos y mezclados con ellos lanzan tambien á otros compañeros de infortunio, yendo unos y otros á caer en la orilla arenosa, en donde el coleccionista puede hacer abundante cosecha cuando las circunstancias le favorecen; por otra parte estos animalitos se dejan coger con facilidad.

Las larvas no se conocen aun, mientras que se cuentan coleópteros de este grupo originarios de todos los continentes, excepto del Asia, donde, sin duda, los coleccionistas no han hecho aun caso de ellos; pues en todos los países menos en Europa, se buscan siempre en primera línea las formas de mayor tamaño, olvidando coleópteros tan pequeños como los pertenecientes á la familia de que venimos ocupándonos, que por término medio solo alcanzan una longitud de 6^m,00225.

EL CLAVÍGERO AMARILLO—CLAVIGER TESTACEUS

CARACTÉRES.—El clavígero amarillo pertenece á las pocas especies, cuyo género de vida ofrece el mayor interés. Los contornos del cuerpo vuelven á encontrarse tambien en las restantes especies de la familia. Los distintivos mas característicos del clavígero son: la falta de los ojos, los ángulos posteriores de los elitros soldados y replegados, unos mechones de pelos encima de ellos y un hoyo profundo en la parte superior de la base del abdómen. En los piés, provistos de una garra, los dos primeros artejos son tan cortos que por mucho tiempo no se los pudo encontrar: el abdómen es la parte mas brillante del cuerpo, porque solo en su punta está cubierto de pelos, como el resto del cuerpo; su forma es casi esférica; en los lados tienen un fino reborde y solo en el vientre se advierten los cinco segmentos que le componen. El macho se distingue de la hembra por un diente mas pequeño en la cara interior de los muslos y por los tarsos de las patas medias.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—El clavígero amarillo vive debajo de las piedras y en los nidos de las hormigas amarillas, las que le cogen como á sus propias crisálidas para llevarle al interior de su nido, cuando se levantan las piedras, produciendo esto una perturbacion en el orden doméstico de dichos animales. Este rasgo indica relaciones íntimas entre los dos insectos, relaciones que han sido confirmadas tambien, en otro concepto, por observaciones minuciosas. Tales observaciones las debemos al señor P. W. I. Mueller, antes pastor protestante de Wasserleben, cerca de Wernigerode. El citado observador, en extremo maravillado por el fenómeno mencionado, se llevó á su casa coleópteros, hormigas, la cria de estas en varios estados de desarrollo y tierra del nido, con tallos de musgo; ya al día siguiente los cautivos habian arreglado su habitacion, y Mueller hizo con el auxilio de un microscopio, un exámen tan minucioso de ellos, que cuanto se refiere á continuacion se funda en detalles y observaciones sobrado repetidas para que puedan considerarse infundadas. Las siguientes palabras son de Mueller:

«Las hormigas se entregaban á sus ocupaciones acostumbradas; algunas arreglaban y lamian la cria, otras reparaban el nido, llevando de un lado á otro la tierra, algunas descansaban, permaneciendo horas enteras en un mismo sitio, y muchas, en fin, limpiaban su cuerpo. Cada hormiga hacia por sí misma este último trabajo, por lo que concierne á aquellas partes del cuerpo en que podia efectuarlo, mientras que otras la ayudaban en las partes á que no podia llegar con su boca y patas. En tanto los clavígeros corrían familiarmente y sin cuidado entre las hormigas, ó permanecían quietos en las galerías, extendidas en su mayoría por las paredes de cristal que les servían de prision, demostrando en todo su comportamiento la misma conformidad á su condicion actual que á la vida en libertad.

»Después de haber seguido todos los movimientos de mis cautivos por algun tiempo con la mayor atencion, ví de repente, con gran asombro, que cada vez que una hormiga encontraba á un clavígero, le tocaba cariñosamente con las antenas y le acariciaba; y mientras aquel le correspondia con sus antenas, lamia con visible afección el lomo del hijo adoptivo. El sitio en que lo efectuaba cada vez, era el mechón de pelos, en el ángulo posterior de los elitros. La hormiga abría desmesuradamente sus grandes maxilas, chupando varias veces por medio de las restantes partes de la boca el mechón de pelo y lamiendo después toda la superficie anterior del dorso, sobre todo el hoyo; este procedimiento se repetía cada ocho ó diez minutos, ya por una ya por otra hormiga, cuando el coleóptero encontraba varios de sus huéspedes, aunque en el último caso las hormigas solo se detenían poco rato en examinarle.»

Así como en las ramas de los árboles los pulgones ofrecen á otras hormigas su miel, dando lugar á que estas les busquen con decidida afición y los traten muy amistosamente, los clavígeros ofrecen á estas especies, que no suben á los árboles, una golosina en la humedad que segregan los mechones de pelos de que están provistos; pero las hormigas tambien se muestran reconocidas. Veamos cómo continúa el citado observador:

«Para no dejar morir de hambre á mis cautivos y para poderles observar el mas largo tiempo posible, me ví obligado á ofrecerles cualquier alimento conveniente. Con esta intencion humedecí las paredes del cristal cerca del suelo y de algunos tallos de musgo, por medio de un pincel, con agua pura y con agua mezclada con miel, poniendo además algunos pedacitos de azúcar y de cerezas maduras en otros sitios, para que cada cual pudiera elegir lo que mas le conviniera. Una hormiga después de otra, según en su carrera llegaban á un

sitio humedecido, se paraba y lamia ávidamente, y de este modo pronto se reunían varios individuos. Algunos clavígeros llegaban tambien á los mismos puntos, pero pasaban, sin hacer caso de ellos. Entonces varias hormigas satisfechas se ponían en camino, se paraban al encontrar una ú otra compañera que aun no habia hallado el alimento, para darla tambien de comer, siguiendo después la marcha con objeto de hacer lo propio con la cria que se hallaba en la parte inferior del cristal. Pensé entonces procurar otro alimento á los clavígeros porque no tocaban al existente, cuando ví cómo uno de los coleópteros encontraba una hormiga satisfecha, y ambos se paraban: aumenté mi atencion, y entonces se ofreció á mi vista un espectáculo tan extraño como inesperado; pues ví marcadamente como el clavígero se alimentaba de la boca de la hormiga. Apenas pude convencerme de la realidad del hecho, estando aun en duda si lo que habia visto era exacto, cuando inmediatamente después la misma observacion se confirmó en tres, cuatro y mas puntos. Algunas hormigas alimentaban á los coleópteros junto á la pared de la botellita, de modo que por medio de un microscopio de mayor potencia, pude observar marcadamente lo ocurrido. Cada vez que una hormiga encontraba á un coleóptero hambriento, este dirigía la cabeza y las antenas hácia arriba, es decir, á la boca de aquella, y ambos se paraban; después de tocarse con las antenas, el coleóptero abría la boca, y la hormiga, haciendo otro tanto, le daba el alimento que acababa de comer; ambos limpiaban después las partes internas de la boca y continuaban su camino. Tal alimentacion dura por lo regular de ocho á doce segundos, después de cuyo intervalo de tiempo la hormiga solía lamer los mechones de pelo del coleóptero: de esta manera todos los clavígeros se alimentaban varias veces al día, con gran regularidad, y nunca ví á un coleóptero que hubiera comido directamente del alimento que se hallaba en la botellita, miel, azúcar y fruta: cuando mas lamian los vapores acuosos que en la pared interior del cristal se habian fijado.

»Por grande que sea el cariño y el cuidado de las hormigas para su cria, no puede exceder á la ternura con que tratan á los clavígeros. Conmueve, en efecto, el ver cómo los acarician con las antenas, aun cuando no exista alimento en los mechones; cómo les alimentan siempre con igual ternura y voluntad, aun antes de atender á su cria; cómo les dejan cruzar con gran paciencia por encima de ellas; y hasta cómo se entregan á todo género de juegos, cogiéndoles con las tenazas por el lomo y llevándoles á cierta distancia, desde donde vuelven á depositarlos en el primitivo lugar. Por otra parte, la familiaridad de los coleópteros para con las hormigas no es menos admirable. No se cree tener á la vista dos diferentes géneros de insectos, sino mas bien á los individuos de una misma familia; en rigor podemos decir que vemos en los clavígeros hijos que sin cuidado viven en la habitacion de los padres quienes les alimentan y cuidan, y á los que piden la comida siempre que la necesidad lo exige; demostrándoles en cambio su gratitud en todas ocasiones: así por ejemplo ví que un clavígero limpiaba á una hormiga que se hallaba descansando; cepillábala con su boca el lomo y el abdómen, ocupando casi un cuarto de hora en este trabajo.»

Interesante es tambien la observacion efectuada con una segunda especie del mismo género de coleópteros, que vive junta con otra especie de hormigas exactamente del mismo modo: se la trata de igual manera por las hormigas amarillas que al clavígero amarillo, aunque las dos especies de hormigas se hagan la guerra. Al recoger ambas especies, se pusieron, por un descuido, algunos coleópteros y seis á ocho hormigas de la otra especie en la misma prision que las hormigas amarillas, las que se precipitaron en seguida sobre las intrusas,

matándolas poco a poco; pero perdonando a sus coleópteros, a los que alimentaban del mismo modo que a los suyos. Esta observación se confirmó más tarde cambiando, con toda intención, las dos especies de coleópteros (*Claviger foveolatus* y *longicornis*) de una a otra botellita, donde se les mezclaba con las hormigas extrañas.

Los clavigeros dependen exclusivamente de ciertas especies de hormigas, que les quieren, protegen y alimentan como a sus hijos adoptivos, ya por instinto innato, ya porque la presencia de aquellas les ofrece a ellos mismos un placer. Los coleópteros que, por falta de ojos y de alas, no podrían atender a su vida, no pueden vivir en parte alguna, sino en los nidos de hormigas, donde se propagan y mueren sin haberlos abandonado jamás. ¿Quién creería hallar tal muestra de amistad y cariño oculto debajo de las piedras?

Del grabado que el referido observador publica, representando la piel de crisálida del clavigero amarillo, resulta que la larva de este coleóptero debe tener seis patas.

LOS SÍLFIDOS—SILPHIDÆ

CARACTÉRES.—De la familia de los sílfidos, tan diferentes en la estructura de su cuerpo, solo podemos decir, en general, que las antenas, compuestas regularmente de once artejos, se ensanchan poco a poco en dirección a la punta, ó que en esta llevan una cabeza marcadamente separada; ambos lóbulos de la mandíbula inferior se distinguen marcadamente y son córneos ó membranosos; la lengua es bipartida y los elitros llegan casi siempre hasta la punta del abdomen. Los sílfidos se distinguen de todos los demás coleópteros de cinco dedos y con antenas en forma de maza, por los costados cónicos que salen libremente en las cuatro patas anteriores, y por los seis segmentos móviles del abdomen.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Todas las especies se presentan en los cadáveres animales, sea para alimentarse de ellos, ó bien para depositar en ellos sus huevos; poseyendo la cualidad poco agradable de segregar un jugo fétido del ano ó de la boca, ó bien de ambos al propio tiempo, si se les toca. A falta de cadáveres buscan también las sustancias vegetales en descomposición, ó atacan a insectos vivos, no perdonando tampoco a sus iguales. Sus movimientos son ágiles y su olfato en extremo desarrollado; pues desde mucha distancia llegan a los sitios donde un ave, un conejo, un topo, etc., muertos, empiezan el proceso de la descomposición.

Conócense actualmente cuatrocientas sesenta especies diseminadas por toda la superficie del globo, siendo, empero, más numerosas, a lo que parece, en las zonas templadas.

Hay conformidad en el género de vida que observan las larvas entre sí y con los coleópteros; pero no en sus formas exteriores, circunstancia que nos obliga a ocuparnos de ellas al tratar de los diferentes géneros.

EL NECRÓFORO COMUN—NECROPHORUS VESPILLO

CARACTÉRES.—El necróforo comun se distingue con sus cuarenta y pico de congéneres, de los que la mayor parte viven en Europa y en el norte de América, por los caracteres siguientes: Los cuatro últimos de los diez artejos de las antenas forman un botón esférico; la cabeza grande, estrechada en su parte posterior en forma de cuello, está cubierta en parte por el collar esofágico, casi redondo y provisto de un ancho borde; los elitros truncados dejan libres los tres últimos segmentos del abdomen; las patas fuertes se distinguen

por los tarsos muy ensanchados en la punta, y en los machos por el ensanchamiento de los cuatro primeros artejos en las patas anteriores y medias. De los palpos, que terminan en forma cilíndrica, los maxilares son mucho más largos que los labiales.

El necróforo comun se caracteriza por los tarsos posteriores corvos, por el collar esofágico cubierto de pelos amarillos dorados, por la punta amarilla de las antenas, dos fajas de color de naranja en los elitros, y por el color negro en él predominante. Debo añadir que puede producir una especie de chirrido al rozar la parte superior del quinto segmento del abdomen, con sus dos rebordes, contra los bordes posteriores de los elitros (fig. 11).

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—El necróforo se presenta en los puntos donde existe un cadáver, aunque por lo demás es difícil verle, porque su género de vida es con preferencia nocturno. Se anuncia con el zumbido de un abejon, dando a los elitros una posición característica, pues se levantan al aire de derecha a izquierda y al volver hacia afuera la cara interna, se tocan con los bordes exteriores y cubren el lomo en forma de tejado. En los citados puntos se reúnen dos, tres y hasta seis individuos, que por lo pronto examinan el cadáver próximo a ser enterrado, y después el suelo, muchas veces no muy propio para servir de cementerio: cuando los coleópteros lo encuentran todo en orden, se colocan a una distancia conveniente, con objeto de no estorbarse uno a otro; por debajo del cadáver, escarban la tierra con las patas hacia atrás, de modo que forman una especie de terraplen al rededor del raton muerto, v. g., que poco a poco baja por su propio peso: cuando el trabajo se paraliza en algún punto, ó cuando una parte queda más alta que otra, uno u otro de los trabajadores aparece en la superficie, examina con aire experto por todos sus lados la parte resistente, y al cabo de breve rato se observa que esta también baja poco a poco, pues entonces todas las fuerzas se reúnen en este punto. Apenas puede creerse en cuán poco tiempo estos animales hacen desaparecer de la superficie el cuerpo entero del raton; de modo que solo un pequeño monton de tierra indica el sitio donde aquel se hallaba, cuyo monton es, por último, allanado también. En terreno ligero bajan los cadáveres hasta una profundidad de 0",30. Gleditsch, hombre de mucho mérito en punto a botánica y economía, ha observado en su tiempo y con frecuencia estos entierros, practicados por los coleópteros, y nos refiere que cuatro de estos insectos enterraron en cincuenta días dos topos, cuatro ranas, tres aves pequeñas, dos langostas, los intestinos de un pez y dos pedazos de hígado de buey. ¿Para qué tal actividad y tal prisa? A los seres irracionales se lo dice el llamado instinto, aquel impulso natural que nos hace ver milagros al examinarlos en sus diferentes manifestaciones. El siguiente hecho prueba, sin embargo, que a menudo no debe contarse con tal instinto y que no puede hablarse así tratándose de estos y de otros insectos pequeños: ciertos necróforos a los que se había abandonado un cadáver colgado de un hilo fijado en un baston, dieron en tierra con este, cuando se convencieron de que según el procedimiento acostumbrado nada lograrían con el cadáver. No ignoran estos animales que varios de sus iguales, sílfidos de varios géneros, y sobre todo moscardones, podrían tomarles la delantera, y por eso, y para asegurar a su cria el alimento necesario hacen esfuerzos sobrenaturales; pues no entierran el cadáver para conservar una golosina, como un perro harto oculta un hueso, sino para depositar en él sus huevos. Se les encuentra reunidos con numerosos compañeros, manifestando unos y otros gran avidez y glotonería; con los estafilínidos ya citados, con los sílfidos de que a continuación nos ocuparemos, con los dermestidos, histéridos,

y entre un caos de repugnantes larvas de mosca, por debajo de grandes cadáveres no enterrados y de los que, por fin, solo quedan los huesos.

En la descripción anterior hemos supuesto que las condiciones del terreno eran propias para el entierro; pero no sucede siempre así. Un suelo pedregoso y duro, ó cubierto de una capa de gramíneas, puede hacer ineficaces los trabajos mas repetidos de los pequeños mineros. Estos lo comprenden pronto y eligen los cadáveres situados en él, para su propia alimentación y no para su cria; también en tales casos han dado otras pruebas de sus facultades intelectuales; pues se ha observado cómo, reuniendo todos sus esfuerzos en una misma dirección, han trasladado un cadáver pequeño a cierta distancia, hasta conducirlo a un terreno vecino a propósito para sus fines.

Cuando por último, venciendo obstáculos más ó menos grandes, pero siempre merced al empleo de todas sus fuerzas, han logrado el entierro, se verifica el apareamiento, y la hembra vuelve a desaparecer bajo tierra, donde en determinadas circunstancias permanece invisible de cinco a seis días. Al aparecer más tarde, apenas se la reconoce, porque todo su cuerpo está cubierto de unos pequeños acarinados de ocho patas y de color amarillo rojizo (*Ganimasus coleopterorum*). Ha cumplido su destino y sobre ella se ha fijado ahora otro ser que a su manera goza de las delicias de una corta existencia. Si empero queremos examinar cómo este móvil coleóptero, con sus fajas de color naranja y con su dorado collar, se ha desarrollado, es preciso ocuparnos en un trabajo desagradable y volver a extraer el raton penosamente enterrado, colocándole, con la tierra necesaria, en un vaso de cristal, de manera que en parte toque la pared de éste, con objeto de poderle observar; pues en menos de quince días las larvas salen de los huevos. La observación de estos gusanos tiene poco de estético para permitir aquí una descripción más detallada. En muy poco tiempo, y después de mudar varias veces de piel han llegado a su completo desarrollo. Su color predominante es un blanco sucio; las seis patas débiles provistas de una garra, la cabeza con antenas de cuatro artejos y las maxilas poco desarrolladas, son de un pardo amarillento, lo mismo que las placas dorsales que tienen forma de corona y que apoyándose en los bordes anteriores de los segmentos, sirven, con sus puntas, para la locomoción. En la cabeza existe un labio superior; los seis ocelos se dividen en dos grupos, porque los dos inferiores están situados a mucha distancia de los otros. Para convertirse en crisálida la larva entra a mayor profundidad en la tierra y se transforma en una ninfa blanca al principio y que pasado algún tiempo se vuelve más y más oscura, a medida que se acerca su transformación en insecto perfecto. Aunque el desarrollo se verifica con bastante rapidez para permitir dos crias al año, es de suponer que no da lugar sino a una sola.

Del mismo modo se forma la vida en las otras especies, que en su mayoría llevan también fajas rojas. La especie *necrophorus huniator*, que mide 0",026 y tiene el botón de las antenas amarillo, y el necróforo alemán (*N. germanus*), la mayor que existe en Europa, son negras del todo y llevan, solo excepcionalmente, una mancha roja en la punta de los elitros.

LOS SÍLFOS—SILPHA

CARACTÉRES.—El género de los sílfos propiamente dichos que dan el nombre a toda la familia, se distingue por un cuerpo aplanado, de contornos ovales, porque el borde posterior y el collar esofágico, más ó menos semicircular, encubren un tanto la cabeza vertical y puntiaguda; los elitros

cubren también casi por completo la punta del abdomen y hasta sobresalen de ella, sobre todo en las hembras; ambos tienen sus extremidades redondeadas en forma de semicírculo. Las antenas de once artejos se ensanchan poco a poco hacia la punta hasta formar una maza de tres a cinco artejos. Un gancho córneo aparece en la cara interior de la mandíbula inferior y sus palpos son, lo mismo que en los necróforos, más largos que los palpos labiales.

Las sesenta y siete especies conocidas son, con muy pocas

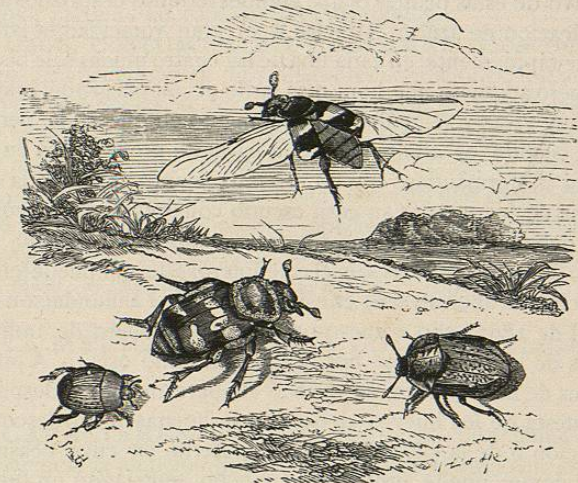


Fig. 11.—EL NECRÓFORO COMUN

Fig. 12.—EL HISTER CADAVERICO

Fig. 13.—EL SÍLFO NEGRO

excepciones, casi del todo negras y dependen aparentemente por su alimentación, del suelo; habitan además de la Australia todos los continentes.

EL SÍLFO NEGRO—SILPHA ATRATA

CARACTÉRES.—Esta especie es una de las más diseminadas é interesantes, porque su larva pone con frecuencia a contribución los campos de zanahorias. El insecto perfecto se encuentra todo el verano en los campos, y por debajo de las piedras y pedazos de tierra; por lo regular debajo del cadáver de un animal. Sus contornos son elípticos, su parte superior ligeramente convexa y el todo de un negro brillante: la cabeza en dirección vertical hacia abajo, como todos sus congéneres, está cubierta en su parte superior del escudo collar, provisto de puntos gruesos, el cual forma semicírculos con reborde, excepto en la parte posterior en la que excede un poco de la base de los elitros, sobresaliendo de ellos otro poco en anchura. Los elitros están en el borde exterior muy encorvados hacia arriba, redondeados en la parte posterior; de modo que en la sutura apenas se presentan escotados. Por encima de la superficie de cada uno de ellos corren tres quillas longitudinales, obtusas, con intervalos iguales entre sí y de la sutura que también se eleva en forma de reborde. Los intervalos están provistos de puntos gruesos y rugosos; las patas se distinguen por tener en los tarsos cerdas y cinco artejos en los pies; las anteriores del macho por las plantas vellosas. Fijándose en estos caracteres, difícil será confundir esta especie con otras dos muy parecidas (*silpha levigata*, *reticulata*).

La larva, negra en la parte superior y clara en el vientre, se compone de doce segmentos que desde la cabeza hacia el centro aumentan en anchura, estrechándose después mucho poco a poco; la considerable anchura del centro aumenta en los bordes laterales dilatados en forma de lóbulos en los escudos. El último segmento tiene en la punta dos apéndices